CUATRO PINTORES JUNTOS

POR

JOSE LUIS FERNANDEZ DEL AMO

Cuerpo visible a la incorpórea esencia.

LOPE DE VEGA.

NUNCA *se ha dado un espectáculo semejante. Jamás produjo el arte tan intensa, tan varia y tan innumerable visión. Por un sentimiento de la individualidad llegado al paroxismo, por una conciencia de soledad extrema, el artista se ha entregado a la patética labor de inventarlo todo. Así lleva el arte setenta años en la más fecunda creación que ha conocido la humanidad. Ya no sé si es posible la filiación: los "ismos" ya son historia. Estos cuatro ya son nietos de los que dieron el escándalo en la exposición de París. Desde entonces, todo se vuelve abrir ventanas: mundos, muchos mundos, cada artista lleva su mundo a cuestas. Jamás se ha hecho de la línea y el color, de los valores puramente plásticos, tan fantásticas concepciones. Fué una rebeldía de la inteligencia. Eran los derroteros de nuestra cultura que había de hacerse intelectual hasta deshumanizarse. Con esta hegemonía de la inteligencia en plena sobreestimación de lo personal había de llegarse a las máximas conquistas de las especialidades. La poesía pura, la pura ciencia, la plástica pura. El arte por el arte. Ya*

estamos a punto de poder valorar la prodigiosa culminación de cada una de ellas. Como estamos en la crítica situación de darles cauce humano que las redima. Esto no se dice por decir. La crisis actual, que no es decadencia, está significada en la angustia por la expectación de un destino que se dilata. Una agonía en expectación del Verbo.

Si para mí tiene una enorme importancia la pintura de estos cuatro, no es tanto por ver en ellos una cima, como por adivinar en ellos un venero, una fuente soterraña que fecundará el yermo de las almas. Este inventar de cada uno, que les hace incurrir en arcaísmo, puede dar cauce al caudal para tanta indigencia. Yo veo en ellos las premisas para redimirse, mediante su integración social.

Ninguno de ellos tiene muchas ganas ya de ser tenido por maldito. Este renacimiento no será una reacción, sino una ascensión para la que el arte tiene que asumir las grandes victorias que le han legado todos los tiempos. Y es la categoría plástica en la apreciación de la pintura, surgida y afirmada en este siglo, la que proporcionará el lenguaje, el símbolo de una revelación gráfica para las gentes.

Ha sido necesario, sí, todo un fantástico desarrollo de la plástica, la máxima exaltación de las virtudes específicas del arte, para rendir, en el juego de su humildad y de su orgullo, la más alta servidumbre social. En su trascendencia está el porvenir del arte, en cierto modo.

LAGO

Cuando no hay más que malicia en el mundo. Cuando la ciudad es una inmensa batalla en que todos son enemigos de todos y si se hiciese la radiografía de la ciudad se vería a cada ciudadano pertrechado de todas las armas a la defensa y ofensa de su prójimo. Cuando está vigente para todos el adagio de «piensa mal y acertarás», por una feroz rivalidad de egoísmos sin tregua. Cuando la envidia ha minado los fundamentos, y toda inocencia se hace sospechosa. Cuando la inteligencia no se

tiene en activo con ansia de luz, sino por pura maquinación cerebral obstinándose en hacer dogmatismo de cualquier arbitrariedad y todo está previamente clasificado por una turbia propensión intelectual. Cuando se va con la ofuscada visión de un siglo de retorcimiento y malabarismos o con el torcido gesto de suficiencia que se pone en guardia ante el timo. Cuando se lleva en la cabeza el tío-vivo de la juerga del mundo, no se puede ver la claridad donde exista. Y en la pintura de Antonio Lago hay claridad: una claridad original, del principio del mundo. Yo pongo la mano en el fuego por su inverosímil inocencia. Ha pintado un Paraíso terrenal, pero toda su pintura es paradisíaca. Lago ha hecho que esas cosas tan prosaicas, tan manidas por la civilización como un paraguas, una bata de percal o un búcaro, sean estrenadas en generación natural. Ahora que tanto se da en arte la categoría metafísica, el arte de Lago habría que presentarlo como una teología de la inocencia. Yo comprendo que ahora no interese el Beato Angélico más que, si acaso, por un resabio de dulzura sentimental. Pues bien: al fraile de Fiésole no le pidáis que os dé la imagen del infierno de Dante, ni siquiera la sombra del pecado sobre la frente del hombre. Al buenazo de Lago, dejadle también con su mundo recién nacido. ¡Por Dios, que nadie le vaya con formularios, ni teorías! Ahí está la obra: no la toquéis, que es un milagro la flor en el asfalto. Que alguno de los que andamos por el tráfago asfixiante de este mundo, encontramos el mejor alivio en la pintura de Lago, que nos refresca el alma. ¡No le quitéis a la vida siquiera este último encanto!

LARA

Carlos Pascual de Lara podía haber recorrido el mundo entero, pero no ha salido a cincuenta metros de la Cibeles. Parece que lo ha visto todo, pero no vió nada. Por su obra os asomáis a un caleidoscopio universal, inmensamente vario de imágenes vivas. No busquéis en la prensa la última noticia del mundo. Si una faceta minúscula se escapa a su obra la ten-

dréis en su vida, en su palabra, en esa alegría suya, vencedora siempre de la reciente tragedia. Llevó su arte al teatro, al libro, al lienzo, al muro, al periódico, a la escayola... llevó la taumaturgia de una filigrana henchida de aliento vital. Nadie le enseñó nada y él escuchó todas las lecciones que se han dado en el mundo. Hasta la cosa más sencilla, esa caligrafía infantil de algunas ilustraciones suyas, está preñada de una sabiduría antigua que recogió hasta la última novedad. Es fabuloso el mundo de Lara. En la exposición alguien ha tropezado con lo anecdótico de una técnica que no comprende, ese mosaico de imágenes, cruzadas en extraña geometría; pero sus ojos no han visto que Lara le ha dado a cada tema su atmósfera exacta. Lo habéis oído decir de Velázquez: ese aire, ese aire que circula distinto en las «Meninas», en las «Hilanderas»..., pues aquí se le ve enrarecido en el «Billar» y oliendo a tabaco, y diáfano y matinal entrando como un aura en el interior hacendoso de la «Sala de Costura», y el alborotado de «Circe» con el polvo de la alfombra y el sudor de los caballos. Y en la «Escena Escolar» se está viendo a la maestra que no figura en el lienzo. Ya sales harto del estruendo luminoso de «La Verbena»; ya le quieres disipar a esa mocita estudiante la forzosa trigonometría con una rima de Bécquer por el jardín florido que le inventó Lara.

Cuando luego vengan esos señores de la lupa a hacer historia, encontrarán en la obra de Lara esa ley de la vida de una época que está hecha por la reacción del hombre y todo lo que le rodea: para darle en algo la razón a Taine.

GUERRERO

Desde los comienzos de milenarias civilizaciones, desde que está el hombre sobre la tierra, precisamente por ser hombre, no se conformó con la esperanza del surco y necesitó inventar la geometría de los astros. También hay hombres que no levantaron la vista de la altura de sus pies. Estos tales no

comprenden por qué es necesario la cosmografía y por qué se hace imprescindible arrebatar el misterio de las cosas. Del conocimiento al amor y a la posesión hay un salto que el artista da fulminante hasta la criatura que brota de sus manos. Este proceso que no es acto especulativo, que es arrebato de la vida, por la belleza; que reclama con violencia todas las facultades del artista para engendrar la obra, tiene en José Guerrero todos los síntomas del triunfo de las cosas. José Guerrero es un buen meridional y se le inflama la sangre a la más liviana tentación de su secreto. Sólo hay dos maneras de encararse con la belleza: o por disciplina de amor, que impone rigor de orden y mediada, o se sale derrotado de amor en el abrazo como oblación gloriosa. De esta romántica suerte es el arte de Guerrero. Romántico en sentido genérico, nada más descubrir la ley misteriosa de las cosas, esa geometría que las liga en sistemas de belleza, apenas puede resistir el hechizo, y ahí tenéis la revelación en su pintura, ganándole el alma. Ahí tenéis su fuego devorándole la pincelada. Apenas ha podido sobreponerse a la emoción: la emoción directamente ha puesto los colores estremecidos en la tela.

José Guerrero ha aireado su sangre por Europa, pero cada rincón de Europa parece traicionarle calentándola más. París no es precisamente atmósfera de pinos. Roma sí, y también Suiza. Yo creo que estos aires le han templado con mesura clásica. He visto en la «Panorámica de Roma», en paisajes del lago Thon y hasta en esos dibujos de «lavanderas» y «areneros», el imperio de apolínea categoría. Ahora que, enconado por un ardor que a Guerrero se le escapa por los intersticios de las venas, José Guerrero nos ha revelado la correspondencia y armonía entre las partes de la naturaleza, y la pasión de sus potencias nos descubre su propia tragedia encubierta. Esta figura se llama temperamento.

VALDIVIELSO

Pues sí, amiga mía; se puede dar la más alta y grandiosa concepción poética entre las tapias de un árido hotelito del

suburbio de Madrid, como me dicen que se hizo la poesía de Vicente Aleixandre, de igual manera y por la misma razón que se ha dado todo el fenómeno luminoso de los vitrales medievales dentro de cuatro paredes de un cuarto oscuro, en un barrio de la capital, por obra y gracia de la pintura de Antonio Rodríguez Valdivieso. El arte siempre se produce por una urgente y desmesurada necesidad vital, que no es precisamente la del estómago. No llegaría yo a tan baja alusión si no fuese ésta la razón última de tantas incomprensiones. Cuando no se aprecia más que el brillo de la carne en el desnudo, la transparencia del vino en la vasija o el arrebol de la manzana, no se puede pensar otra cosa que llamar naturalismo al procedimiento de excitar el jugo gástrico de un hambre atrasada. El mejor arte así es el mejor cartel de una taberna. También se ocultan bajo el mismo nombre apetencias menos confesables. Lo que no podrán comprender jamás es que la más excelsa mística, como la más fabulosa concepción imaginativa, es una necesidad, una acuciante necesidad, imperiosa, irresistible, del espíritu. La pintura de Valdivielso es la más suculenta cocina para las exigencias del alma.

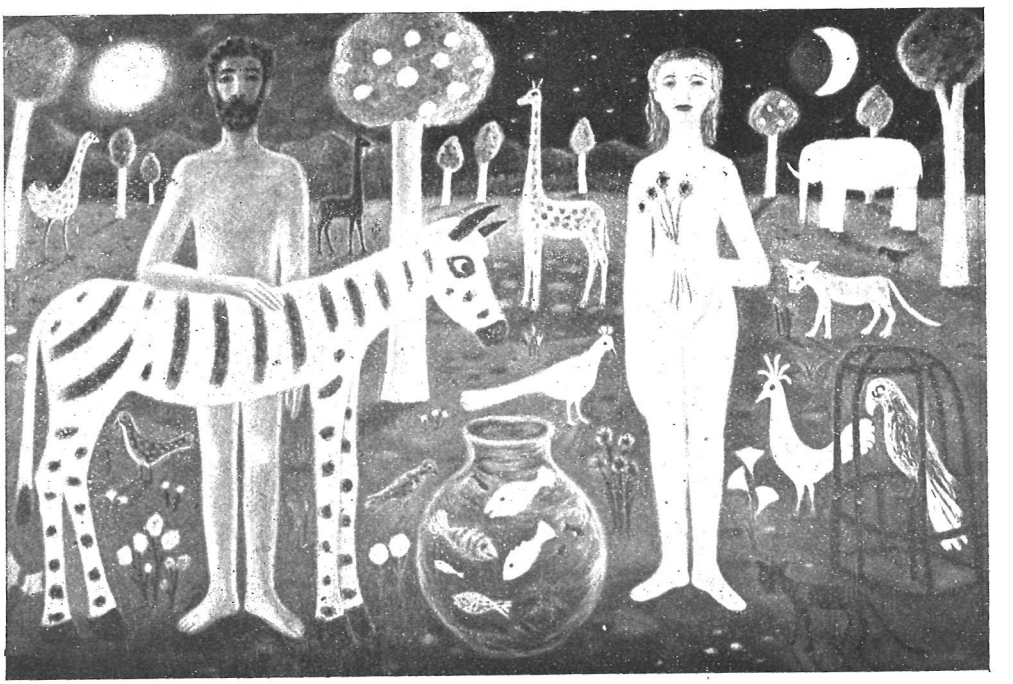
Yo no sé qué hace este hombre con el color, como no sé lo que hizo San Juan de la Cruz con las palabras para que de la erótica hiciese el mejor lenguaje para hablar con Dios. Lo que sí sé es que el realismo hizo del arte un abrevadero de los sentidos, y en esta pintura los sentidos han vuelto a la alta función de servir las más nobles aspiraciones del hombre. En Valdivieso, el arte es creación del espíritu y para el espíritu. Y esto puro y exclusivamente por valores plásticos. Valdivielso no sabe hablar de otro modo. La gran conquista de este pintor es haberle ganado al arte lo que es del arte. Valdivielso es el mejor soldado de sus fueros.

Allá en su rincón del Albaicín pintaba como veía que pintaban los pintores. Los pintores siguieron pintando como pintan los pintores; pero él, por una agudeza extraordinaria de la vocación, ha dado con las virtudes esenciales del arte. Luego, su excepcional probidad que le ha tenido alerta constante, ha

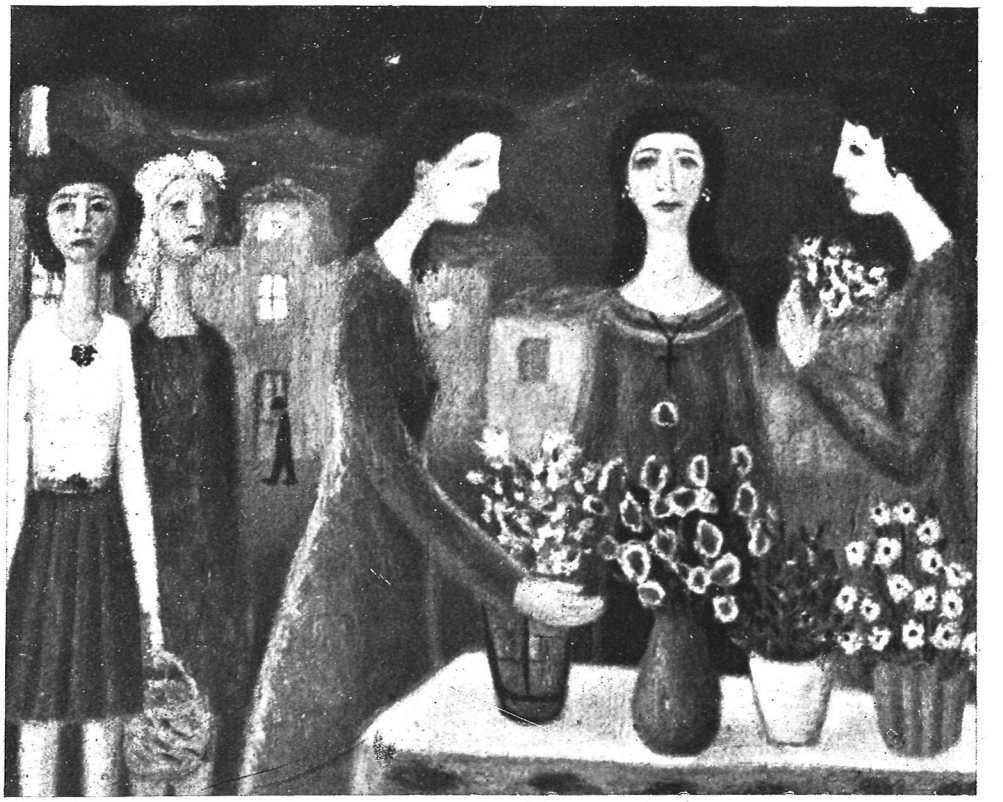
logrado la máxima tensión de sus resortes en aras de la más potente expresión. Los pintores no tienen nada que decir. La pintura de Valdivielso es de una elocuencia avasalladora. Ese interior de la «Violonchelista», ese «bodegón», ese «paisaje nocturnio» son de una prodigiosa opulencia, con riqueza de formas y colores inéditos. ¿No ve, amiga mía, que este chico sencillo goza de la fastuosidad de un rajá? Todo se hizo con la medida del alma.

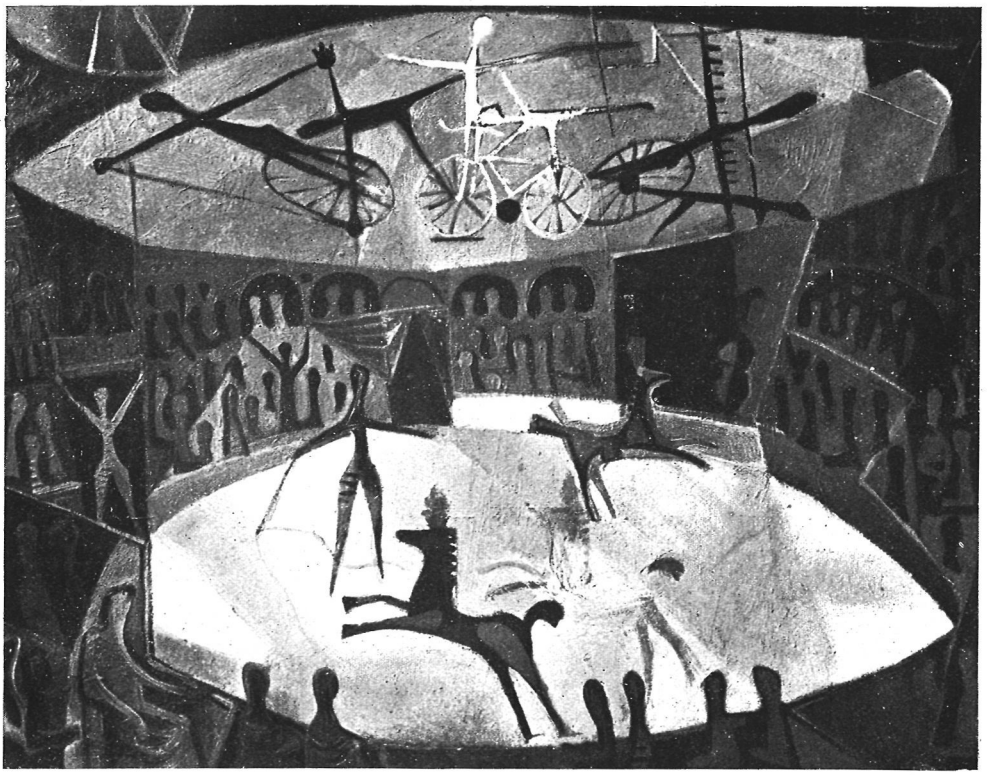
LAGO: Muchacha.

LAGO: Paraíso terrenal.



LARA:



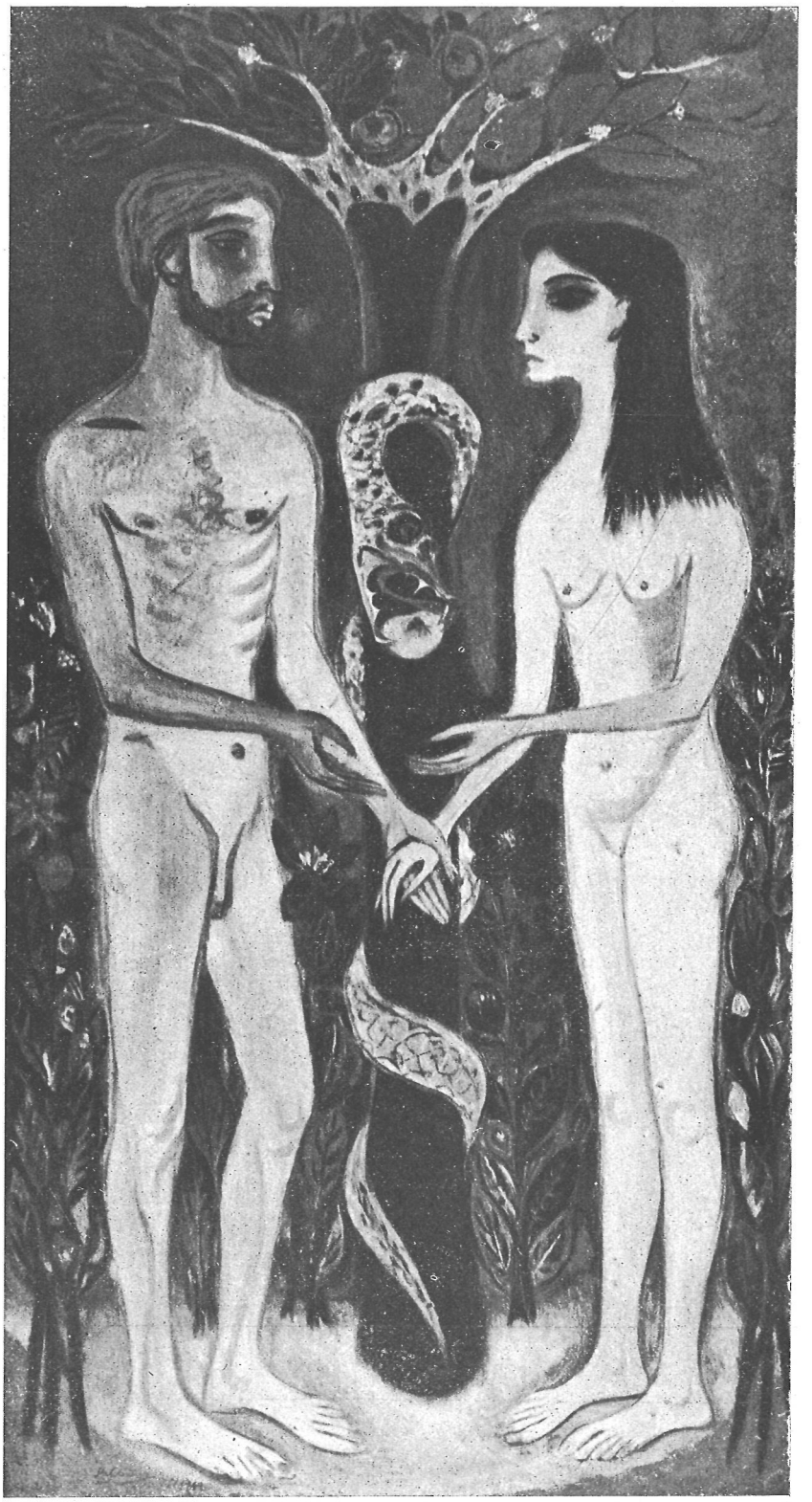


LARA: Circo.

LARA: Escena escolar.

Guerrero: Pasaje del lago Thon.

Guerrero: Panorama de Roma.



VALDIVIELSO: Adán y Eva.

VALDIVIELSO: Violonchelista.